

Sale todos los Jueves por la mañana.

TRES rs. cuatro números y tres y medio fuera de la isla.

EL CONCIERTO.

Se suscribe en la Librería de Rullan, hermanos, plaza de Cort, en donde se halla la Redaccion.

SEMANARIO DE LITERATURA

DEDICADO AL BELLO SECSO,

escrito por una bandada de aprendices de poeta.



El precio de la vida.

Por Mr. Eugene Scribe.

(Conclusion.)

— «Lo que voy á manifestaros, me dijo, va á confundir vuestra razon: dudareis... y acaso no me dareis crédito; yo mismo frecuentemente estoy dudando... bien quisiera no fuese cierto, pero las pruebas son harto evidentes, y en todo cuanto nos rodea, y en nuestra misma organizacion, hay ciertos misterios que nos vemos precisados á experimentar, sin poder llegar á comprenderlos.»

Detúvose un instante como para recoger sus ideas: pasó la mano por su frente, y continuó:

«He nacido en este castillo: tenia dos hermanos mayores, en quienes debian recaer los títulos y bienes de nuestra casa. Nada quedaba para mí, sino la sotana clerical y el alza-cuello; y sin embargo fermentaban en mi imaginacion pensamientos de ambicion y gloria que hacian latir continuamente mi corazon. Infeliz al verme en la obscuridad, y ansioso de nombradía, solo soñaba en los medios de adquirirla; y esta idea me hacia insensible á todos los placeres y amenidades de la vida. El presente no ecsistia para mí, solo ambicionaba el porvenir, y este se presentaba bajo el aspecto mas funesto. Tenia cerca de treinta años, y mi ecsistencia era insignificante en el mundo. Entonces, y por todas partes, se elevaban en la capital reputaciones literarias, cuya brillantez estendia la fama hasta nues-

tra provincia. — «Ah infeliz! me decia á veces; si pudiese al menos labrarme una celebridad en la carrera de las letras, seria esto una nombradia, y en ella estriba la felicidad!» Habia elegido por confidente de mis penas á un anciano sirviente negro, que vivia en el castillo mucho antes que yo naciese, y era seguramente el mas antiguo de la casa, pues nadie se acordaba de cuando tubo ingreso en ella; y aun pretendian algunas personas del contorno, que habia conocido al Mariscal Fabert, y presenciado su muerte.....

En este punto mi interlocutor hubo de observar en mí algun movimiento de sorpresa. Detúvose, y me preguntó que era lo que tenia — «Nada» le dije; pero á pesar mio no pude dejar de acordarme del hombre negro de quien me hablara el fondista el dia antecedente; y M. de C*** continuó:

«Un dia delante de Yago, que este es el nombre del negro, me dejé llevar de mi desesperacion acerca de lo obscuro é inutil de mi ecsistencia, y exclamé: «diez años daria de mi vida, por verme colocado en el mismo nivel de nuestros famosos literatos.» — Diez años? repitió con frialdad, es mucho dar: es pagar bien cara una cosa bien ténue; mas no importa, acepto vuestros diez años: los tomo; recordad vuestras palabras: yo cumpliré las mias.—

No os pintaré mi sorpresa al oírle hablar de esta suerte. Me imaginé que habian debilitado los años su razon; sonreime, y poco despues salí de este castillo, para hacer un viaje á París. Allí me encontré lanzado entre los literatos mas distinguidos: su ejemplo me animó, y publiqué algunas obras de cuyo buen écsito no os hablaré en este

momento... Todo Paris se apresuró á obtenerlas: los periódicos no cesaron de repetir mis elogios, el nuevo nombre que habia adoptado se hizo célebre, y ayer vos mismo lo admirabais aun...»

Un nuevo ademán de sorpresa de parte mia interrumpió aquí esta narracion... —Con qué no sois, pues, el señor duque de C***? exclamé yo, enmedio de mi admiracion —No; contestó el incógnito con frialdad — Y no pude dejar de decirme á mí mismo: un célebre literato! será por ventura Marmontel? será d'Alembert? ó bien Voltaire?

El incógnito suspiró: una sonrisa de profundo pesar y desprecio, apareció en sus lábios, y continuó su narracion.

«Esta reputacion literaria que tanto ambicionaba, fué muy en breve insuficiente para un alma tan entusiasmada como la mia. Aspiré á mas nobles empresas, y así decia á Yago, que me habia seguido á Paris, y que nunca se separaba de mí: no hay gloria verdadera, ni positiva nombradia, sino la que se adquiere en la carrera de las armas; ¿qué es por ventura un literato, un poeta? Nada. Elogiad á un buen capitán, á un general valiente: he aquí el destino que envidio; y no hay duda, por una grande reputacion militar daria diez años de los que me quedan de ecsistencia. — Los acepto, me contestó Yago: los tomo, me pertenecen, no lo pongais en olvido.

Volvió aquí á detenerse el incógnito, al ver la especie de turbacion y duda que se pintaban en mis facciones, y respondió: «Ya os lo habia dicho, no podeis acabar de creerme: todo esto os parece un sueño, una quimera! á mí tambien, y sin embargo, los grados, los honores militares que he obtenido no eran una

ilusion; esos soldados que conduje á la batalla: esas fortificaciones conquistadas: esas banderas arrancadas de entre las huestes enemigas: esas victorias, enfin, que han resonado en toda Francia!... todo fué obra mia!.. toda esta gloria me ha pertenecido...

Mientras que se paseaba aceleradamente, hablando de esta suerte con tanto entusiasmo como acaloramiento, la sorpresa habia helado todas mis potencias, y me decia á mí mismo:—«Quien es, pues, el que tengo delante?... Es Coigny?... Es Richelieu?... Es el Mariscal de Sajonia?...

De aquel estado de ecsaltacion, descendió el incógnito al abatimiento, y acercándose á mí, me dijo con ademán triste:—«Yago habia acertado; cuando me disgusté mas adelante de este vano incienso de gloria militar, y aspiré á lo que hay solamente de real y positivo en el mundo; cuando á precio de cinco años de mi restante ecsistencia, anhelé el oro, y las riquezas, me las concedió aun.. Si, amigo mio, he visto á la fortuna secundar, y aun sobrepujar mis deseos; tierras, bosques castillos, y heredades de toda especie!... aun esta misma mañana se hallaba todo en mi poder; y si aun dudais... si dudais de las palabras de Yago... esperad... aguardad un poco: el va á llegar... vais á verlo vos mismo, y lo que confunde vuestra razon y la mia, no es por desgracia sino muy cierto»

Acercóse entonces el desconocido á la chimenea: miró la péndula, hizo un gesto de horror, y me dijo en voz mas baja.

«Esta mañana al amanecer me sentia tan abatido y débil que apenas podia levantarme; llamé á un criado, y fué Yago quien pareció.

— Qué es esto que experimento? le dije.

— Amo mio, me contestó, nada que no sea muy natural: la hora se acerca, y el momento llega.

— Y cual?

— No lo adivináis?... El cielo os habia destinado sesenta años de vida: teniais treinta cuando principié á obedeceros.....

— Yago! repuse con espanto: hablas con formalidad?

— Si, amo mio, habeis gastado en gloria durante cinco años, veinte y cinco de ecsistencia; estos me los habiais dado, me pertenecen pues, y esta misma ecsistencia de que os habeis privado se aumentará á la mia.

— Cómo!... era este el precio de tus servicios?

— Otros los han pagado mas caros: testigo el Mariscal Fabero, á quien protegia tambien,

— Calla!... calla!... le dije: esto no puede ser.

— Sea enhorabuena: pero preparaos porqué solo os queda media hora de vida.

— Te burlas de mí? tú me engañas.

— En manera alguna: calculad vos mismo. Treinta y cinco años que realmente habeis vivido, y veinte y cinco perdidos —Total, sesenta. Esta es vuestra cuenta: tenga cada cual la suya.

Iba ya el negro á salir... y conociendo yo que se disminuian mis fuerzas, miraba ya mi vida muy inmediata á su término.

— Yago!... Yago!... exclamé: dame siquiera algunas horas de vida... algunas horas tan solamente.

— No, no, respondió este: para ello seria preciso restarlas de mi cuenta, y conozco mejor que vos el precio de la

vida. No hay tesoro alguno que pueda pagar dos horas de existencia.

Y apenas podia hablar: se cubria mi vista de un denso velo, y el frio de la muerte helaba ya todas mis venas...

— Pues bien! le dije, haciendo un esfuerzo: vuelve á tomar esos bienes, por los que he consentido en sacrificarlo todo. Por cuatro horas renuncio á mis riquezas, á esta opulencia que tanto ambicionaba.

— Sea: has sido un buen amo para mí, y tambien quiero hacer algo en favor tuyo; consiento en ello.

Conocí entonces que mis fuerzas se reanimaban y exclamé: Cuatro horas son tan cortas! Yago! Yago! dame otras cuatro, y renunciaré á todas mis glorias literarias, á lo que tanto me elevó en el aprecio público.

— Cuatro horas por esto! contestó el negro con desden: mucho es, pero no importa: no te negaré tu última súplica.

— No es aun la última, le dije, juntando mis manos en ademán de súplica. Yago! Yago! dame el resto de este día y que mis hazañas y victorias, mi reputacion militar y literaria, quede todo borrado para siempre de la memoria de los hombres!... nada quede de todo sobre la faz de la tierra! Este día, Yago, este solo día, y quedaré satisfecho.

— Abusas de mi bondad, me dijo el negro, y estoy haciendo contigo un trato que me es perjudicial. Pero prescindido: te concedo existencia hasta el término del día, y despues de este nada tienes que pedirme. Hasta la noche pues, en que volverás á verme.

Y se separó de mí, dijo el desconocido poseido de la mayor desesperacion, y este día en que os estoy hablando es el último que me queda! Acercándose

despues á la puerta que daba paso al parque, y se hallaba entonces abierta, exclamó:

«Ya no veré mas este hermoso cielo, esos verdes céspedes, y esas aguas cristalinas: ya no respiraré mas el embalsamado ambiente de la primavera! Cuan insensato he sido! Estos bienes que Dios concede á todos, á los que he sido tan insensible, y cuyo valor conozco en este momento, los hubiera podido gozar por espácio de veinte y cinco años! Y he consumido mi existencia, y la he sacrificado por una vana gloria, por un triunfo esteril que no me ha hecho mas feliz, y que ha fenecido antes que yo!... Mirad, mirad, me dijo, enseñándome unos aldeanos que atravesaban el parque, y se dirigian cantando á ocuparse en sus labores. Qué no diera al presente para poder compartir sus trabajos y miseria!.. Mas nada tengo que dar, ni tampoco que esperar en este suelo: nada, nada absolutamente!... ni aun el mismo infortunio!...»

Un rayo de sol, en aquel momento, el sol del mes de Mayo, vino á iluminar sus pálidas y trastornadas facciones. Asió mi brazo con una especie de delirio, y me dijo: Veis todo esto? Qué hermoso sol!.. Y será preciso que abandone todas estas dellezas! Ah! goze yo al menos aun de ellas, y saboree completamente este día tan puro y delicioso que para mi no tendrá otro que le siga!

Dijo: y se arrojó precipitadamente hácia el parque, y al dar la vuelta á una de sus sendas desapareció de mi vista, antes que hubiera pensado en detenerlo. A la verdad me habia faltado el ánimo necesario... Arrojeme sobre un canapí, sorprendido, y aniquilado en

vista de cuanto acababa de presenciar y oír; y poco despues me volví á levantar para convencerme de que estaba despierto, y no me hallaba bajo la influencia de un ensueño... Ábrese en aquel momento la puerta del gabinete, y un sirviente me dijo: «He aquí á mi amo el señor duque de C...» Adelantóse un personaje, como de unos sesenta años, cuya fisonomía era de las más distinguidas y respetables, y alargándome la mano, se disculpó por haberme hecho esperar tanto tiempo. «No me hallaba, dijo, en el castillo: vengo de la ciudad inmediata, á la que pasé para consultar con los médicos, acerca de la salud de mi hermano menor el conde de C...

— Acaso se halla de peligro? le pregunté — No señor, á Dios gracias, contestóme el Duque, pero algunas ideas de ambición y gloria llegaron á escaltar su imaginación en la juventud, y una grave enfermedad que ha sufrido recientemente, le ha dejado una especie de delirio, ó enagenación que le estimulan á creer que solo le queda un día de vida: esta es su locura.

Con estas últimas frases quedaba todo explicado.

«Ahora, prosiguió el Duque, os prestaré atencíon, y veremos lo que puede hacerse para satisfacer vuestras intencíones de colocación. A fines de este mes marcharemos para Versalles, y me encargo de presentaros allí y recomendar eficazmente vuestra pretensión.»

— Conozco, le dije, señor duque, todo el valor de las bondades con que me favoreceis, y vengo espresamente á tributaros por ellas mi gratitud.

— Cómo pues! habeis renunciado acaso á la corte, y ventajas que pudierais prometeros?—

— Si señor.

— Y no reflexionais que gracias al influjo que puedo hacer valer en favor vuestro, hareis una carrera rápida, y que con un poco de constancia y paciencia, podreis de aquí á unos diez años...

— Diez años perdidos! esclamé.

— Pues qué! repuso el duque con asombro: considerais que sea pagar muy cara la gloria, las honras y distinciones que os esperan?... Animaos, amiguito, partiremos para Versalles.

— En manera alguna, señor duque: yo regreso á Bretaña, y os ruego nuevamente que recibais mi eterna gratitud y la de mi familia.

— Esto es locura! exclamó el Duque.

Y reflexionando yo en lo que acababa de oír, me decia á mi mismo: Esto es cordura!

Al siguiente dia emprendi mi regreso, y no puedo ponderar suficientemente el regocijo con que volví á fijar la vista en mi bello castillo de la Roche Bernard, en los antiguos arboles de mi parque, y en el hermoso sol de Bretaña. Recobré de nuevo la compañía de mi madre, hermanas y vasallos, y tambien la felicidad que no me ha abandonado desde entonces, pues á los ocho dias de mi llegada, me uní para siempre con mi amada Enriqueta.

J. S. S.

LA ORACION.

Despues de haber pedido inútilmente á los hombres, es bueno y consolador pedir al hombre Dios. Cuando el alma ha sufrido los dias de prueba que se pasan en la vida, como que quiere anticiparse á gozar de la presencia de su Dios. Para creer, es preciso haber pa-

decido; para consolarse, llorar delante de Dios. Estas lágrimas no son las de las pasiones que queman, son las del arrepentimiento que nos vivifican. Del hombre nace el dolor, de la oracion el consuelo en los padecimientos. Alguno de los que hacen derramar tantas lágrimas, se burlará de las vuestras y de nuestras creencias; dejadlo, él tendrá que venir á la oracion algun día, ó habrá de padecer por siempre. Jóvenes como somos, hemos vivido en el lodazal del mundo, pocos años pudimos reir, y despues..... despues siempre lágrimas: porque nos han enseñado á padecer y llorar; porque nos obligan á derramarlas, porque tenemos un corazon para sentir, un alma á quien enseñan á sufrir, un espíritu que necesita creer, pedir y orar. Así es sin duda en este torbellino de pasiones, de intereses, de maldades é injusticias. Cuando se sufre tanto, hay algo superior á nosotros á quien dirigirnos. Dios y el hombre son invariables. Una verdad hay escrita en el cielo que dice: *Religion*. Otra en la tierra que dice: *Mentira*. Mentidas pasiones, mentidos intereses, mentidas creencias del mundo; el que os mira de cerca, despues de haberos adorado, os aborrece porque sabe lo que valeis: el que se postra una vez delante del altar con ucion verdadera, se postra toda su vida. Vivificante religion, enseñame el camino del cielo; el de la tierra es árduo y difícil: yo quiero estar entre los hombres y vivir con mí Dios. Separémonos de los hombres para sufrir menos, y estemos cerca de Dios para consolarnos mas y mas.

Justina decia así, despues de haber pasado, á los veinte años de su edad, todos los sinsabores del mundo: yo la

vi postrada ante el altar sagrado, sus lágrimas regaban el suelo y se mezclaban al agua bendita que el sacerdote acababa de derramar; los suspiros de Justina subian á la bóveda del templo como queriendo elevarse al cielo. Tanto habia padecido! tanto le babian enseñado á padecer! las lecciones del mundo no enseñan mas que á llorar. Y ¿por qué algunos se rien? porque en su día tendrán que llorar, no hay remedio; y para no llorar con amargura, es preciso anticiparse á la oracion.

Justina no conoció jamas sus padres; estos la abandonaron, porque para ellos valia mucho mas la opinion que los sentimientos del alma. Abandonada á sí misma, hubiera perecido, si la caridad pública no cuidara de ella. Alguna vez el hombre se acerca á Dios en sus acciones. Cuando llegó á la edad en que podemos conocer lo que perdemos y lo que nos espera, presagió su futuro destino; iba á decir: padre! y como no veia á quien dirigirse, no se atrevia á pronunciar esta palabra dulcísima. En vano sus ensueños le decian que su madre podia dormirla entre sus brazos, nadie le respondió; y dijo: *Sola!* Mas tarde le respondió también la sociedad ¡*Sola!*

Justina, á los veinte años, necesitaba mas que otra muger de los consuelos que le pudiera dar un ser á quien amara y de quien fuese amada. No lo creas inocente, el hombre las mas veces dice que quiere por costumbre, como el impío pronuncia palabras sagradas. Sagrado es ciertamente engañar una pobre y cebarse en su dolor. Justina fué engañada, porque lo es todo el que cree mucho en el amor; su hermosura fué causa de que le fingiesen amor y le mordiese el diente emponzoñado de la ca-

lumnia: las mugeres no perdonan nunca á la que vale mas que ellas. Aquel corazón vírgen amó con entusiasmo, con locura, como se ama cuando se cree en el amor: vió un hombre que le dijo en sus labios:—«te amo» y ella le respondió con el corazón: «te adoro.» En ciertas personas el amor es una necesidad, en otras es un fuego que abrasa; en algunas, como en Justina, es un génio maléfico que destruye. Primero saboreó las dulzuras de su primer amor, despues su amor se emponzoñó, y mas tarde perdió su amor, sus ilusiones, su amante y su tranquilidad. Esta leccion la enseñó bien pronto á no gozar las dulzuras que su belleza le prometiera.

Una amiga le vendió bien cara su amistad. Los corazones como el de Justina se entregan fácilmente á todos los sentimientos nobles. Creyó con ligereza en el amor, y hubo de creer tambien en la amistad con la misma facilidad. Ella habia de aprender muy pronto, en sus floridos años, lo que valen amistad y amor. Así entregada con lealtad [á una amistad noble por ella y pérvida de parte de su amiga, huyó de un precipicio para caer en otra. La que creia su amiga, no pudo ver con indiferencia que todos los hombres la prefiriesen, y prin-

cipió á propalar escándalos de Justina. A pesar de su virtud, el hombre siempre cree en lo que mas daña á su semejante, y lo que fuera primero una calumnia, se convirtió para todos en verdad. Justina fué perseguida por la justicia, sufrió en una prision, bien tarde pudo justificarse; pero su espíritu comunicó su abatimiento al cuerpo y perdió la salud. No es ya Justina aquella flor lozana que mecía el céfiro bienhechor de la primavera, es, sí, una hoja seca del árbol frondoso del dolor. Así, Justina vivia sola en el mundo como en un desierto; así sus años de bonanza se trocaron en dias de tempestad; así la que debió reir siempre, lloró toda su vida..

Justina, pues, fué abandonada de la naturaleza y de sus padres: amó y fue engañada, perdió el vigor del alma y del cuerpo, y el destino la condenó á sufrir. Un dia, moviéndose apenas, pudo llegar al templo sagrado; los cánticos de los sacerdotes, el templo solitario, todo le convidaba á la oracion. Ella se postró oró, lloro, y se consoló. Justina salió del templo reanimada, volvió una vez y otra á la oracion y oró por toda su vida.

¿Qué es esto? Es un canto? Es una inspiracion? Es la espresion de un alma que sufre y que cree. —*Nicolas de Roda.*

A M. — BERGIA.

—o—

Ven á mis manos, oh armoniosa Lira,
Y que tus cuerdas pulse!
Ven á mí aunque en plañidero cántico
Celebrar debas de mi adorada el dia!
Yo pobre Trovador
Y novel de las trovas en el arte,
Cantar hoy quiero, mas sin esperanza:
Tal mi suerte es, mi estrella, mi destino,
Que en vano esperar debo

Un suspiro de amor
 De aquella que robándome el reposo,
 En ella pienso y en su amor me gozo.
 Una y ciento y mil veces
 La he visto bella y pura
 Cual el anchuroso y celeste espacio,
 Y una y mil veces aguzados clavos
 Mi triste corazón han desgarrado.
 ¡A ti muger hermosa!
 Mas que hermosa ingrata!
 A ti en fin dirijo mi feble acento,
 Y á ti, mi bien, consagro mis cantares.
 ¿No cantan los guerreros por ventura,
 De pasadas victorias conseguidas
 Las coronas en ellas recogidas?
 ¿No canta el argonauta,
 Al serenarse el cielo
 Despues de azotado por cruel tormenta?

.....
 Cante yo, pues, en día tan felice
 De mi adorado dueño la belleza;
 Cante sus gracias yo,
 Cante su puro amor y gentileza
 Con que natura próvida
 Para hacerla mas bella la dotó...
 Y olvide la crudeza
 Con que inhumana paga
 Mi constante pasión, mi desvario!...
 Al alto cielo mis plegarias mando,
 Y con voz ardiente al Señor imploro,
 Que no tu frente marchitada sea
 Por acerbo dolor,
 Que nunca triste llores
 Con mústia faz, mi trémula mirada,
 Y que felice vivas
 Disfrutando querida Margarita,
 Delicias mil entre olorosas flores!...
 ¡Basta ya Lira mia!
 No mas tu son turbe la paz que goza
 Tranquilo corazón:
 No mas cantar, deja que dulcemente
 Se adormezca mi bien idolatrado,
 Y que soñando amores
 Olvide de este mundo los rigores.

Julio de 1845.

J. M. V.

PALMA. — Imp. de UMBERT.